

—«¿Quién penetra, les pregunta,
en mi selvático imperio?»

Byron, de altiva tristeza
empapado el pensamiento,
dijo, al cruzar estos montes:

—«Cuando miro los abetos
con su lúgubre talante
de árboles de cementerio,
pienso ver á mis amigos
graves, rígidos y tétricos.»
Pero esos pinos, ¡oh Byron!
que hiera el rayo, son bellos

formando espesura lóbrega
en este augusto desierto;
y cuando sus ramas secas
bajo tus plantas crujieron,
entendiste el misterioso
idioma de su silencio.
Sabes tanto cual nosotros,
ó quizás más, esos viejos
venerables, que cautivos
de las rocas, en el seno
de la madre común, duermen
tranquilo y solemne sueño.

A PEPA

De noche, cuando en la muda
alcoba te dice adiós
tu madre, y medio desnuda
te inclinas, Pepa, sin duda
para encomendarte á Dios;

En esas horas benditas
que el triste apetece y ama,
cuando, sin duelos ni cuitas,
la papalina te quitas
y miras bajo la cama;

Cuando el sueño halagador
te envuelve en sus sombras densas,
y todo calla alrededor,
dime, Pepita, ¿en qué piensas?
dime, ¿en qué piensas, mi amor?

En la sublime heroína
de un drama, probablemente;
en la ilusión peregrina
que la esperanza adivina
y la experiencia desmiente;

Acaso en un relamido
galán atento y rendido;
quizá en pueriles visiones
de juguetes y bombones;
tal vez en un buen marido.

¿En qué piensas, niña? Di.
¿En tu ilusión adorada?
¿En el traje que hoy te vi?
¡Ah! ¡Quizás piensas en mí!
¡Quizás no piensas en nada!



JOSÉ AUTRAN

Á UNA CRIADA ANTIGUA

Estás bien; no te vayas, no te muevas;
no te levantes del humilde asiento;
la labor sigue que entre manos llevas
junto al velón humoso y vacilento.

Bañan mis ojos lágrimas al verte,
mudo el labio, el espíritu en reposo,
la rueca hilar, contenta con tu suerte,
en este hogar tranquilo y silencioso.

Las obscuras virtudes que atesoras,
modesta abnegación, bondad sencilla,
dan á tus mustias sienas pensadoras
la vaga majestad que en ellas brilla.

Rugó el tiempo tu frente, y tu mirada
luce sin alegrías ni reproches,
como la triste lámpara velada
que enciendes para mí todas las noches.

Al compás del reloj, que los instantes
cuenta, de la escalera en el rellano,
vienes y vas con pasos vacilantes
repitiendo tu esfuerzo cotidiano.

El trabajo es en ti santa costumbre;
nunca esperas que el alba te despierte;
tu alma dócil, la dura servidumbre
en ministerio del amor convierte.

¡Esclava del hogar! ¡Sierva sublime!
 Tu ejemplo admiro, y á la vez me apena.
 La esclavitud tu voluntad no oprime;
 tu libre corazón sólo encadena.

La hermosa primavera de la vida,
 aquel tiempo feliz, pronto olvidado,
 al contemplar tu imagen bendecida
 surge del negro fondo del pasado.

¿Recuerdas bien nuestra florida aurora,
 cuando, rompiendo en limpia carcajada,
 la risa sin cesar franca y sonora
 regocijó la paternal morada?

Estaba junta la familia: el padre
 y los hijos, dichosos; centinela
 alarmada y fatídica la madre,
 porque siempre el amor teme y recela.

Tras las horas de estudio, atronadores
 tornaban nuestros juegos y alegrías,
 y no sin inquietudes ni temores,
 haciendo tú calceta, nos seguías.

Al correr caprichosos y alocados,
 tu ojo avizor por todos vigilaba;
 tenías de las madres los cuidados,
 pero su dulce orgullo te faltaba.

Desde entonces son tuyos nuestros goces,
 nuestras penas también. Pero, discreta,
 la humildad de tu estado reconoces,
 y dicha ó aflicción guardas secreta.

De cada fatal golpe, el eco triste
 en tu fiel corazón mudo guardaste;
 tú, con la viuda, viuda te sentiste;
 huérfana con los huérfanos quedaste.

Cada vez que, aterrándonos, la muerte,
 entraba en nuestro hogar, pálida y fría,
 tú fuiste quien veló, serena y fuerte,
 al que su último sueño ya dormía.

Del tiempo aquel, hundido en lo profundo,
 tú, pobre vieja, quedas solamente,
 cual venerable abuela, con un mundo
 de trémulos recuerdos en la mente.

Esas memorias, para ti benditas,
 guardas del corazón en el sagrario,
 como flores que hallamos ya marchitas,
 pero aún perfuman el cerrado armario.

Te gusta hablar de los ancianos graves,
 de los niños alegres y felices;
 el cuarto en que nacieron, tú lo sabes;
 la hora en que murieron, tú la dices.

Por eso conmovido te contemplo,
 turbada el alma y húmedos los ojos,
 columna sola y última de un templo,
 del que restan no más tristes despojos.

De aquel pasado, que jamás olvido,
 del alma de mis padres buena y santa,
 algo en ti queda, para mi querido,
 algo, que me trastorna y que me encanta.

Cuando junto al hogar, con golpe seco
 suenan tus pasos en las duras losas,
 pienso escuchar estremecido el eco
 de aquellas lejanías venturosas.

¡Bendigote, mujer sencilla y grande,
 que no supiste odiar! Hasta la muerte
 sumisa y fiel, esperas que te mande,
 yo, que afanoso estoy de obedecerte!

